

EMIL LUDWIG

EL HIJO DEL HOMBRE

VIDA DE JESUS



EDITORIAL
CLARIDAD
BUENOS AIRES

.....de.....
Inventario N°: 000137.....

Donado por:

EL HIJO DEL HOMBRE

El siglo XIX fué pródigo en versiones de Jesús. Como predominaba el criterio positivista, esas versiones fueron casi siempre marcadamente científicas. La de Renan, que es la más poética, está impregnada de escepticismo. La de Strauss es típicamente científica.

Este siglo da mayor beligerancia a la mística. Pero no ha podido emanciparse de la orientación histórica, que es un rezago de la mística. Y así se han producido "El hijo del hombre" de Emil Ludwig y "Vida de Jesús" de François Mauriac. La primera, la obra de un gran escritor judío; la segunda, la obra de un gran escritor católico.

"El Hijo del hombre" cuenta la vida humana de Jesús Nazareno. Su poderoso impulso ecuménico, su caridad intensa, su vigorosa posición en el escenario vital. Ludwig mira a Cristo con ojos de semejante, pero, su falta de devoción religiosa se ve reemplazada por su profunda admiración humana, que hace de su libro un verdadero poema y una historia fecunda.

UNTREF
Biblioteca Central

EDUARDO BREGMAN

COLECCION CONTEMPORANEOS

EL HIJO DEL HOMBRE

Archivo de Biblioteca UNTREF
Fondo/Colección *Memoria*
Caja/cajón N° *2* UNTREF
.....de.....
Inventario N°: *000137*

EDUARDO BREGMAN
EMIL LUDWIG

L HIJO DEL HOMBRE
VIDA DE CRISTO



EDICIONES ERCILLA
SANTIAGO DE CHILE
1936

Obras del mismo Autor
de venta en esta Casa Editorial

NAPOLEON

JUNIO, 1914

GENIO Y CARACTER

EL CRIMEN DE DAVOS

Es Propiedad
Inscripción N° 3940

COPYRIGHT by
Editorial Ereilla - 1936

PRINTED IN CHILE

Préssus de la Editorial Ereilla

UNIVERSIDAD NACIONAL DE TRES DE FEBRERO
BIBLIOTECA CENTRAL

INV. 2801 TOP
FECHA: 11-11-55
MFN: 6033
ANEXO:

233 Bregman
LUD
2801

NOTA PRELIMINAR

Der Menschensohn (El Hijo del Hombre) apareció en 1928 siguiendo al **Napoleón**, publicado en 1925, y precediendo a **Miguel Angel**, **Julio 1914**, y **Lincoln**, que cubren los años de 1929 y 1930.

Ya se comprenderá que en la galería de figuras esenciales del mundo occidental que constituye la obra biográfica de Emil Ludwig, mal podía faltar la de Jesús de Nazareth, cuya enseñanza forma, por así decirlo, los cimientos de la espiritualidad de Occidente. Pues, realmente, más aún que sus atracciones y simpatías personales dirigiéndose que influye en el autor, para la elección de su sujeto, el propósito representativo. Así, como alemán es cogido de entre todos los alemanes a los que más altamente del espíritu alemán, que es además el primer gran europeo: Goethe, y en seguida a Bismarck y Guillermo II, esto es: al heredero del Imperio alemán, a la vez que su figura política más importante, y al destructor del mismo Imperio, coincidiendo, además, en éste el acicate de la actualidad y de la pasión política. Una vez cumplida su misión alemana y comenzando a rebasar ya su obra las fronteras nacionales ya como europeo, se enfrenta con la más rigurosa figura de la Europa moderna: **Napoleón**, además al que el entusiasmo de la glosa y su condición de alemán añaden un matiz admirable de espíritu internacionalista. Por último ya con fama mundial, y tan leído casi en el Nuevo Mundo como en el viejo, era de esperar que acabase la conquista de aquel eligiendo para su próxima obra de representación una gran fi-

gura americana, y sin gran esfuerzo hubiera podido preverse que ésta sería la de Lincoln, la más bella, moralmente, de sus estadistas, y el fundador de la más grande y poderosa de sus comunidades políticas. Tal ha sido la lógica perfecta y la singular sagacidad de concepción—y de propaganda—con que nuestro autor ha desenvuelto su obra, que con toda justicia le ha colocado en la primera fila de los escritores actuales.

El autor explica sobradamente en sus palabras preliminares al lector cuál ha sido su propósito al escribir este libro, y por él se advierte ya la diferencia que le separa de casi todas las vidas de Jesús que se escribieran hasta el presente. Desde un punto de vista puramente laico, y en forma seminovelesca, sin el menor aparato de erudición, trata Ludwig de reconstruir la vida psicológica de Jesús, la evolución de su mesianismo. En estas páginas, Cristo es exclusivamente un hombre, aunque sin duda uno de los más puros y sobrehumanos que hayan existido nunca, y la visión del autor desborda de amor y simpatía. Lo que ya de por sí constituye uno de los rasgos originales de la obra, si se tiene en cuenta que Ludwig es judío; condición étnica, por otra parte, que sin duda le ayudó poderosamente a reconstruir, por afinidad, la psicología del protagonista.

De todas las notas biográficas de Ludwig, ésta es la más breve, y seguramente que otras suyas la aventajan en el detalle y minuciosidad del retrato y en la amplitud y riqueza del marco. Pero esta misma condición sumaría ya una calidad del más alto valor, imprescindible, dando el propósito del libro, y seguramente que ninguna de las otras la supera en derecho, dramatismo y poesía interior. Toda ella se halla basada exclusivamente en los cuatro Evangelios; aunque conociendo, desde luego, cuanto atañe a la época, el autor se ha guardado cuidadosamente de explayar su erudición en la materia, que sólo asoma, aunque siempre diluida en forma novelesca y sin el menor aparato crítico, en el capítulo inicial, titulado *Jerusalén*, que nos ofrece los anteceden-

tes históricos y psicológicos y como la base lógica de la aparición de Jesús. Con arreglo a esta pauta, no hay un solo hecho en el libro que haya sido inventado por el autor, quien, en todo momento, se ha ceñido al relato del Nuevo Testamento, especialmente a los tres Evangelios sinópticos, que son, sin duda, los más fidedignos, recurriendo sólo al de Juan cuando se trataba de algún hecho especialmente significativo, desde el punto de vista psicológico, que no se encontraba en los anteriores. Igualmente, son muy pocos los hechos contenidos en los tres Evangelios susodichos que no han encontrado su lugar en este libro, correspondiendo las omisiones bien a aquellos hechos que no son sino reiteraciones de otros semejantes, bien al sector de las parábolas—que, en realidad, no son hechos, sino glosas de la doctrina.—bien a aquellos milagros que, como el de Lázaro o el de la multiplicación de los panes, no tenían tan fácil explicación racionalista como los otros.

En su reconstrucción psicológica del carácter de Jesús ha tenido Ludwig que alterar el orden de los acontecimientos en los cuatro Evangelios, restableciendo lo que podríamos llamar el orden lógico, si se admite la probabilidad de una evolución normal en dicho carácter. Realmente, hace ya tiempo que la mayoría de los exégetas apuntaron la singular confusión cronológica en que los evangelistas nos han presentado aquellos hechos, a extremo que, de admitir su veracidad, el carácter de Jesús se nos aparecería particularmente caótico. Y, sin duda, no es de los menores méritos de este libro, la estructuración lógica de aquella vida que nos ofrece el autor desenredando con sagacidad extraordinaria la maraña evangélica. Reléanse los Evangelios (o léanse por vez primera, si aun no se ha pasado por esta experiencia espiritual punto menos que imprescindible), después de la lectura de esta obra, y se comprenderá el merecimiento del autor en este respecto, a la vez que se verán aquéllos a una nueva luz.

Atento a su finalidad, esencialmente psicológica, Lud-

wig, ha trazado apenas el paisaje formal, de hombres y cosas, que rodea a Jesús—aunque las pocas pinceladas que, en este sentido, contiene el libro, sean particularmente significativas y acertadas.—Es indudable que la decoración, el atrezzo y el vestuario que toda representación de esta índole trae consigo, no aparecen a nuestros ojos con el mismo relieve que el drama interior se muestra a nuestro espíritu. Así, el lector deseoso de completar en este respecto lo que en el otro, ya citado, completara con la lectura de los Evangelios, deberá tomar entre sus manos las *Figuras de la Pasión del Señor*, de Gabriel Miró que le ofrecerán—tal es, al menos mi convicción—al par que la portentosa reconstrucción del ambiente judío y de las figuras adyacentes a Cristo—un verdadero milagro de intuición, ya que para estos logros de reviviscencia no basta la documentación, por substantiva y minuciosa que sea—una de las obras capitales de nuestra literatura, y acaso la más bella prosa que fué nunca escrita en castellano.

R. B.

Marzo, 1930.

Nota bene.—Debo advertir que las numerosas citas de los Evangelios que se hacen en el texto han sido transcripciones de la antigua versión protestante de Cipriano de Valera, revisada según los originales hebreo y griego apenas abreviadas en algún que otro caso, con arreglo a las transcripciones insertadas por el autor. Dada la concepción racionalista de la obra, se comprenderán, sin duda, las razones que—aparte de su superior hermosura—aconsejaban la preferencia de la versión indicada a las católicas del padre Scío de San Miguel o del Sr. Torres y Amat.

AL LECTOR

Lo que aquí voy a contar de la historia de mi raza es ya cosa conocida al mundo entero; sin contar que la tentativa de escribir la vida de Jesús desde un punto de vista puramente histórico puede datarse del Siglo de las Luces, y aún de antes.

No obstante, pocos retratos más difíciles de pintar que el de un hombre sobre el cual apenas se sabe nada hasta cumplidos los treinta; y cuyo mismo rostro—este espejo del alma—nos es totalmente desconocido, en tanto que de los dos últimos años que precedieron a su muerte temprana sólo tenemos informaciones contradictorias. Pues hasta los cuatro únicos testimonios que sobre él nos quedan, los Evangelios, se contradicen entre sí en más de un respecto, y son, a su vez, desautorizados por las escasas fuentes no cristianas que han llegado a nosotros; a tal punto, que estos pocos documentos, que, si suprimimos las reiteraciones, apenas cubrirán en junto el espacio de una cincuentena de páginas de impresión corriente, aún deberán ser sometidos a una tría cuidadosa.

Por si esto fuera poco, la disposición de los hechos ofrece una confusión, ya deplorada en todos los siglos. Con cierta certidumbre sólo se conocen el comienzo y el final: el bautismo y el proceso; todo lo que aparece comprendido entre uno y otro se nos presenta caótico. "Los Evangelios—escribe Lutero—carecen de orden; pero ello no importa gran cosa, y si se suscitare alguna

discusión sobre las Sagradas Escrituras, y no pudiera llegarse a un acuerdo, lo más discreto será dejar la cuestión de lado". Casi todas las contradicciones provienen de este desorden de los textos; pero en cuanto se los ordene y disponga psicológicamente, todo aparecerá perfectamente lógico. Hasta que se lleve a cabo esta operación no se comprenderán cabalmente los dos grandes períodos de la vida de Jesús: el de la enseñanza humilde y jubilosa y el de la conciencia de su misión mesiánica. Basta admitir y considerar ambos períodos sucediéndose naturalmente el uno al otro, para que el carácter de Jesús aparezca exento de todas sus contradicciones y nos muestre un desenvolvimiento tan sencillo como humano.

Este libro trata solamente de Jesús, el hombre, y no de Cristo, el Salvador. El autor ni aun siquiera roza las cuestiones de Teología, que no hicieron su aparición hasta más tarde, y que en modo alguno pretende conocer. Antes, por el contrario, cuenta esta historia como si nada supiese de las trascendentales consecuencias que hubo de tener para el mundo, ya que el mismo Jesús no las supo tampoco, ni seguramente las quiso. Este libro, por consiguiente, prescinde de las interpolaciones introducidas en los Evangelios, bien con propósito retrospectivo, para confirmar las antiguas profecías, bien con vista al futuro, en apoyo de la iglesia naciente. Muchas cosas también han sido omitidas por considerarse espúreas la moderna ciencia exegética, y si el lector echa de menos algún texto que le venía siendo familiar desde la infancia, tenga presente, en mi descargo, que bibliotecas enteras desbordan de discusiones respecto a su autenticidad. Como la mayoría de las gentes conocen la vida de Jesús, más que por los Evangelios, por relatos de fecha muy posterior, son muchos los extremos que escapan a su atención. ¿Cuántos, por ejemplo, han observado que ni Mateo ni Marcos hacen mención de la visita de Jesús al templo, y que de los cuatro evangelistas sólo uno de ellos nos dice

El Hijo del Hombre

que María y Juan estuviesen presentes cuando aquél murió sobre la cruz?

Igualmente, cuando hago alusión en este relato a los milagros, procuro siempre interpretarlos desde el punto de vista natural, pues lo que trato de escribir es historia, y caracteres humanos los que me propongo trazar. Para el caso, lo mismo podría demostrarse que ninguno de los milagros de Jesús ha sido tal milagro, que atribuirsele, legítimamente, cien milagros más de los referidos: ni una cosa ni otra disminuirán un ápice su grandeza. Esta es la razón de que se haya acudido tan raramente al Evangelio de Juan, considerado como el más sospechoso por la crítica, habiéndose utilizado preferentemente los de Marcos y Mateo, coordinándose, por otra parte, los textos del modo que mejor podía elucidar el incidente en cuestión.

Por otro lado, nada se ha añadido. El ser híbrido que llamamos *novela histórica*, caricatura, según Goethe, tanto de la novela como de la historia, y apenas factible cuando las fuentes son tan exiguas, habría sido en este caso una flagrante inmoralidad, ya que el hombre lo bastante osado para atribuir a Jesús palabras y actos imaginarios tendría, cuando menos, que igualarle en poder intuitivo. Así no se contiene en estas páginas dicho ni hecho de Jesús que no aparezca atestiguado por los Evangelios, y solamente en la expresión y el paisaje en torno, en la relación y trama de pensamientos y palabras, de motivos y sentimientos, ha creído el autor poder permitirse ciertas libertades de imaginación. Tratando en un modo puramente humano, con conocimiento de lo que son los conflictos, obstáculos, resoluciones e impulsos del hombre, el tema queda despojado de esa sensación de cosa extraña y remota a la propia experiencia que tan a menudo descarría al actual lector de los Evangelios, impidiéndole llegar a sus profundidades. Descartada la pintura al óleo, ante el peligro de que el color pudiese arrastrarnos a un exceso de fantasía, fuer-

za nos ha sido acogernos para este retrato al procedimiento del grabado en madera.

No entra en los propósitos de esta obra el enturbiar la fe en la divinidad de Cristo de aquellos que profesan esta fe, tendiendo, por el contrario, a probar la realidad y humanidad de Jesús a aquellos otros que lo tienen por una ficción. De no haber existido Jesús, dijo Rousseau, los inventores de los Evangelios serían tan grandes como él.

Nuestro objetivo no fué la exposición de una doctrina sobradamente conocida de todos, sino la representación de la vida interior del profeta. Lo que aquí nos interesa no es su influencia ulterior, ejercida por él intermedio de otros, sino la historia de su propia alma. La trayectoria de su conciencia mesiánica, los designios y motivos del conductor de hombres, sus tentaciones, ensueños y desilusiones, la lucha espiritual entre su valor y su humildad, entre el sentimiento de su responsabilidad y el temor a no conseguir su objeto, entre el imperativo de su misión y su ansia de felicidad personal: tal es nuestro propósito. El retrato, en suma, de un profeta, más grande que todos sus contemporáneos, pero incapaz, no obstante, de dominarlos. Así, ni un solo instante pecará de apodíctica nuestra interpretación, que sólo pretende ser sencilla, natural y en armonía con el espíritu de nuestro tiempo.

En el prólogo se trata de reconstruir el medio político y espiritual que pudo dar nacimiento a un tal profeta, al par que de mostrar cómo en él convergen, se funden y llegan a su punto más alto las ideas directrices de su época, hazaña que bastaría por sí sola a mostrar el alcance de su genio.

Sin embargo, no es en este genio, sino en su corazón de hombre donde yace la clave de su prodigiosa influencia.

PROLOGO